



AVENTURAS DE LUISITO

¡Ea! ¡Ya estoy en marcha! ¡Poquitos deseos que tenía yo de ver el mundo é irme lejos, muy lejos! Cuando he oído contar historias de niños aventureros, la envidia me mordía, fuerte, fuerte. Debe ser precioso viajar solo, sin papás, ni institutrices, ni profesores. A mamá la voy á echar un poquito de menos; de veras que me gustaría sentir sus besos y verla tan repreciosa como es, y que no me faltasen sus mimos... Pero no hay remedio; si he de correr por el mundo, no puedo ir con mamá, porque se cansaría.

¡Dios mío! ¡Qué camino tan largo y tan fatigoso! La verdad es que estoy cansadísimo y lleno de polvo, y que me agradaría muchísimo ver aquí á mi mamá, diciéndome: «¡Luisito, al baño!»

Estaría muy bueno el baño templadito para quitarme tanto polvo y tanto sudor. Pero los niños aventureros tienen que ser fuertes y acostumbrarse á todo. En marcha otra vez... Pues señor, tengo hambre... comeré de lo que me he traído en este saquito... No está malo, pero preferiría la comida apetitosa de mi casa, aunque tuviese que oír la voz gruñona de *mademoiselle*, diciendo: «*¡Les enfants jolis ne mangent pas avec les doigts!*» Es fastidioso eso de no poder comer con los dedos... ¡Me cargan los tenedores y los cuchillos...! ¡Ay! me duelen los pies de tanto andar... Me acostaré en el hueco de este árbol, como he oído contar que hacen los niños que se van á correr mundo... No, pues no se está muy

á gusto... ¡Qué rica estará mi camita ahora! Me fastidiaba mucho, mucho, que siendo yo un *hombre* de siete años me viniesen á acostar la doncella y la *mademoiselle*. «*¿As-tu fait tes devoirs pour demain, petit?*» No había remedio; era preciso estudiar. ¡Qué aburrido me parecía estudiar, después de haber leído lo libres que se encontraban de tales obligaciones los niños que se van andando, andando... andando... solitos, sin institutrices...!

Pero ahora casi preferiría estudiar un poquito con tal de no dormir tan incómodo y con tanto bicho como me está picando... ¡Ay, qué perrazo más feo! ¡Me va á morder! ¿Será un perro rabioso? ¿Qué haré? ¡Ah, llamaré en aquella casita... eso creo que he leído que se hace en estos casos...! ¿Cómo...? ¿Que no me abren...? ¿Que soy un granuja...? ¡No señor...! Soy el niño de los señores de *** que voy por el mundo solito y me quiere morder un perro... ¿Que los niños que no son unos pilletes no caminan solos...? Pues yo he leído muchos cuentos en que dicen que sí... y he querido hacer lo mismo que otros... ¡Anda, y cierran, diciendo que me van á pegar...! Corro, corro mucho... ¡cuánto me canso...! La verdad es que cuando voy á paseo con la institutriz no me duelen tanto las piernas, porque ella tiene cuidado de que no me fatigue demasiado...

¡Es bastante buena *mademoiselle*, aunque algo fastidiosa, porque me hace escribir y leer... y no deja que me manche. Ahora puedo ensuciarme todo lo que quiera y nadie me regaña... sí; pero me aburro bastante. ¡Ay,



Dios mío! Me acuerdo de que mi mamá me estará buscando cuando haya leído la carta que la dejé diciendo: «Soy un niño aventurero y me marché solito por el mundo».

¿Llorará mucho mamá? ¿Y papá estará muy enfadado ó llorará también?

¡Casi me arrepiento de lo que he hecho!

La verdad es que no merece la pena hacer llorar á mamá, para estar tan mal como estoy y tan aburrido... y hasta con un poquito de miedo, á pesar de tener siete años!

¡Socorro! ¡Un lobo! ¡Viene un lobo! ¡Que me va á tragar! ¡Socorro! Me subiré á este árbol. ¡Ay, ay, ay! Que esta rama se dobla...! ¡Que se troncha! ¡Que me caigo! ¡Socorro! ¡Ay!.....

¡Valiente susto se llevó toda la familia! La institutriz había dicho que Luisito dormía agitado é intranquilo; y cuando sus cariñosos papás subieron á ver qué le pasaba al niño, se le encontraron con la carita llena de sangre, que salía de una herida que se había hecho en la frente al caerse de la cama soñando.

Luisito formó la resolución de no desear ser un niño aventurero, por lo menos hasta que pusieran camas en los caminos, se muriesen todos los perros y los lobos, y las ramas de los árboles fuesen fuertes, fuertes, fuertes...

MARÍA DE ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



HISTORIA NATURAL EL DROMEDARIO

En la familia de los camellos se conocen dos variedades que se distinguen entre sí por el número de sus protuberancias ó jorobas. Cuando tiene dos, se llama camello, y cuando no tiene más que una, dromedario. A esta especie pertenece el que representa nuestro grabado. En todo el Norte y Este



de Africa se crían muchos dromedarios; varias tribus poseen muchos miles y en el Sudán hay jefe que tiene de 500 á 2.000. En las estepas del Kordofan hay manadas hasta de 250.000 cabezas.

Tiene el dromedario fama de sobrio, y lo es en efecto. Se alimenta de vegetales y le basta con lo peor. Come durante varias semanas las plantas más raquílicas y secas del desierto, y en casos de apuro dicen que se satisface con una cesta vieja ó un rueda de hojas de palmera. En los viajes de los árabes á través del desierto, tratan siempre de llevar el menor peso posible, y reducen el pienso de los dromedarios á unos puñados de cebada que los dan cada tarde. Antiguamente se creía que la gran sobriedad de este rumiante consistía en la disposición especial de su estómago, y que las celdillas mayores de los dos grandes compartimientos de este órgano eran dos depósitos de agua. Su resistencia para la fatiga de una larga marcha y su sobriedad le dan condiciones especialísimas para las travesías del desierto, y por eso los árabes lo utilizan en sus caravanas.

La duración de la vida del dromedario en Africa, es, generalmente, de cuarenta á cincuenta años.

Además de sus servicios como animal de carga, el hombre se aprovecha de su carne, su piel y su pelo.

La piel curtida constituye un cuero bastante bueno, aunque no de muy larga duración, y el pelo sirve para la fabricación de mantas de caballo, tiendas de campaña, sacos y cuerdas



La viejecita, el perro y el loro CUENTO

Erase una viejecita tan limpia como una plata, que pasó toda su vida viviendo como Dios manda.

Sus labores y sus rezos todo el día la ocupaban, y sin murmurar de nadie, siempre recogida en casa, jamás la ocurrió meterse en camisa de once varas. Una tarde un perro negro de fea y sombría estampa entró sin pedir permiso adonde estaba la anciana, y meneando la cola se sentó sobre una almohada y dijo:—Muy buenas tardes mi señora doña Eustaquia Alzó la vieja los ojos del libro donde rezaba, y quedó mirando al perro en actitud asombrada.

—¿Qué me cuenta usted de bueno?

—No puedo contarte nada ni á ti ni á nadie, que yo no sé nunca lo que pasa.

—Pues yo le contaré á usted cosas que van á asombrarla. La sobrina del deán, que está en opinión de santa, tiene un novio, y es sabido que ya no es monja y se casa

—¿Es posible?

—Don Rufino el hermano de las ánimas, ha escapado con los fondos, y ni un alguacil le atrapa.

—¿Es cierto?

—Doña Gertrudis que dice que está tan mala, da bailes todas las noches, y cuando la sacan, baila.

—¿Qué atrocidad!

—Don Fulano y Zutanito y Mengana, esto y lo otro, la dijo; y continuando su charla la tuvo así entretenida una hora, pero larga. Despidióse muy cortés, y cuando la pobre anciana



LA FAMILIA DE CARLOS IV. El cuadro que publicamos se conserva en el Museo del Prado y es original del famoso pintor español Francisco Goya. El rey D. Carlos IV, de quien fué pintor de Cámara, le encomendó los retratos de la familia Real, y Goya pintó este hermoso cuadro de un modo admirable.

fué á dar vuelta á sus guisados vió que la carne faltaba. La pobre señora entonces dijo:—¿Quién será el canalla que me ha llevado la carne mientras el perro me hablaba? Y un lorito que tenía el señor cura en su casa, á quien enseñó mil cosas, todas muy buenas y sanas, en la ventana asomado, la dijo con linda parla: —Señora, yo ví dos perros que hablaban esta mañana de entretener á una vieja mientras algo le robaban. —Por eso fué el referirme todas aquellas patrañas que yo le escuché, metiéndome en lo que no me importaba. Bien arrepentida estoy; una y no más, cruz y raya. —Hace usted bien, dijo el loro; el señor cura me encarga

diga que los que se meten en camisa de once varas y andan en murmuraciones criticando ajenas faltas, son los que salen perdiendo. —Yo perdí la carne.

—Y gracias.

Hay quien en murmuraciones ¡ha ido perdiendo su alma! Esto dice el señor cura, ¡y dígole á usted que es ganga! Siempre es malo condenarse; pero tiene mucha guasa condenarse por lo que otros hacen... Vayan noramala, y con su pan se lo coman y buen provecho les haga, y no paguemos nosotros por criticar ni por nada. Esto dijo el buen lorito, y sacudiendo las alas, dió un vuelo, mientras la vieja fué por más carne á la plaza.

L. DE CH.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA, POR C. V.

PERSONAJES

LA SRA. DE ARTAL, treinta y tres años.
LA SRA. DE VALLE (su hermana), treinta años.
DOÑA SEVERA, sesenta años.
MATILDE ARTAL, trece años.
CLEMENCIA ARTAL, catorce años.
DOÑA AMALIA (su institutriz), veinticinco años.
BEATRIZ VALLE, doce años.
LUISA VALLE, diez años.
CÁNDIDO (criado), sesenta y un años.

Gente Menuda

ACTO PRIMERO

Sala de costura con puertas al foro, donde se supone el jardín, y laterales; una mesa con tapete largo, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMALIA, MATILDE y CLEMENCIA

DOÑA AMALIA. Vamos á ver la escritura al dictado, Matilde. (Esta la presenta su cuaderno.) Muy bien, hija mía, muy bien escrito, y sólo con dos faltas de ortografía.

MATILDE. ¿Cómo dos faltas? Creí que no tenía ninguna.
DOÑA AMALIA. Pues tiene dos. Mira... *anelo* en vez de *anelo*, con *b* antes de la *e*; y *reciví*, que debe ser *recibí*, con *b* y no con *v*.

MATILDE. ¡Es tan difícil acordarse de tanta regla!

DOÑA AMALIA. Todo lo consigue la aplicación.

MATILDE. ¡Qué fastidio! Yo que esperaba ganar hoy la monedita de 50 céntimos.

DOÑA AMALIA. Tal vez la ganes mañana. Pero ¿por qué tienes ese empeño en ganar la dichosa monedita?

MATILDE. Porque me hace falta esa y otras muchas.

CLEMENCIA. A mí también me hacen falta muchas.

DOÑA AMALIA. ¿Váis á comprar cosas magníficas?

MATILDE. Magníficas, no, desgraciadamente; pero muy útiles: unas gorritas para el niño de la lavandera.

DOÑA AMALIA. ¡Ah, vamos! Pues aplicaos mucho y ganaréis para esos hermosos proyectos.

(MATILDE y CLEMENCIA se ponen á trabajar con interés; la puerta se abre y entra BEATRIZ precipitadamente.)

ESCENA II

DICHOS y BEATRIZ

BEATRIZ. Doña Amalia, ¿me deja usted esconderme aquí? ¡Mi tía Severa viene persiguiéndome!

DOÑA AMALIA. ¡Pero niña! Eso no está bien. Si doña Severa te busca, debes presentarte á ella.

BEATRIZ. ¡Ay, no, no! ¡Me busca para encerrarme en el cuarto oscuro! Luisa ya está en chirona por que se ha dejado coger; pero yo me he escapado.

MATILDE. ¿Y por qué te quiere encerrar doña Severa?

BEATRIZ. ¡Porque es muy mala mi tía!

DOÑA AMALIA. ¡Niña!

BEATRIZ. Sí, señora. Está empeñada en que nos pongamos ese terrible cinturón que tiene un palo que llega á la barba, porque dice que así nos acostumbraremos á *las posturas elegantes*, y tenemos que estar tiesas... tiesas... con la cabeza levantada. ¡Yo no quiero ese martirio!

CLEMENCIA. ¿Y Luisa, está encerrada?

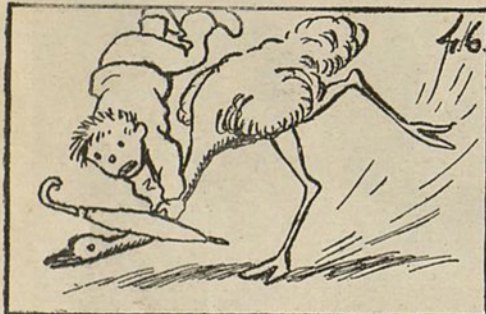
BEATRIZ. Y yo lo estaría también si no fuera tan ligera de pies; pero... escondedme, por Dios, que puede venir.

DOÑA AMALIA. Yo no puedo, hija mía, ayudarte á desobedecer á una señora á quien tu mamá, al irse á los baños, ha dejado encomendada vuestra educación.

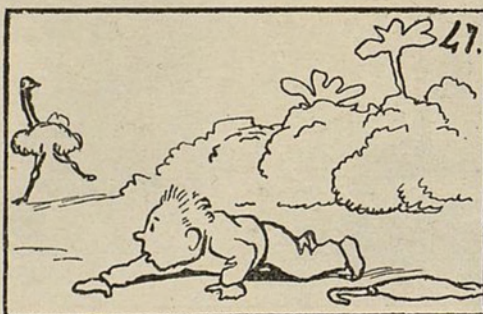
BEATRIZ. ¡Ay, por Dios, que si me pilla soy perdida!

(Se continuara.)

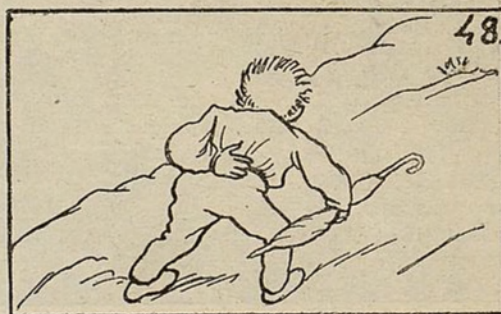
EL PARAGUAS MARAVILLOSO (Conclusión.)



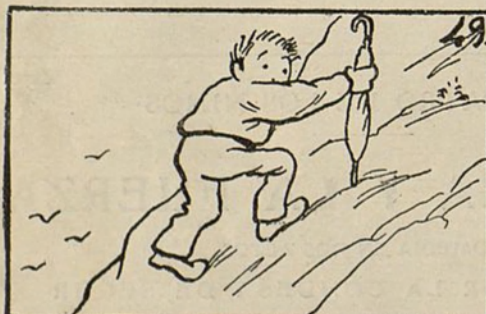
Pero el avestruz, disgustado con aquella carga inesperada, trató de quitársela de encima.



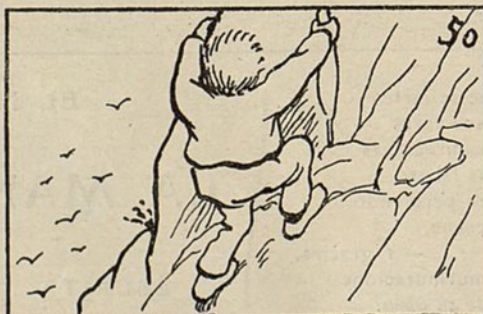
Cayó el pobre Felipín al suelo, y vió al avestruz correr, sin esperanza de poder alcanzarle.



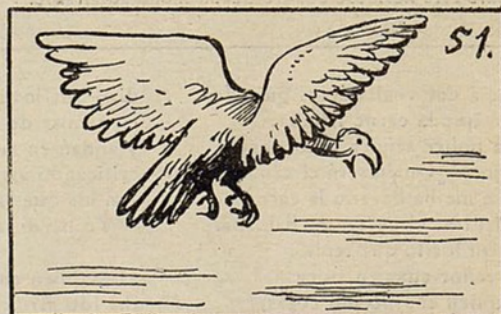
Muy dolorido de cuerpo y triste de espíritu, comenzó el niño la ascensión de un alto cerro.



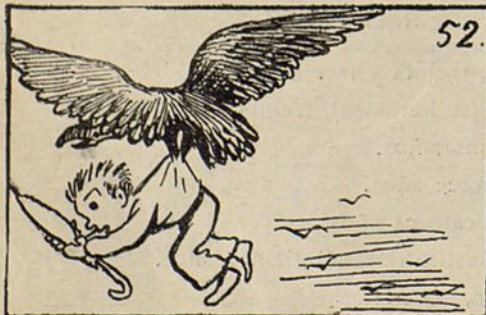
La cuesta era cada vez más penosa, y apoyándose en su utilísimo paraguas, siguió subiendo.



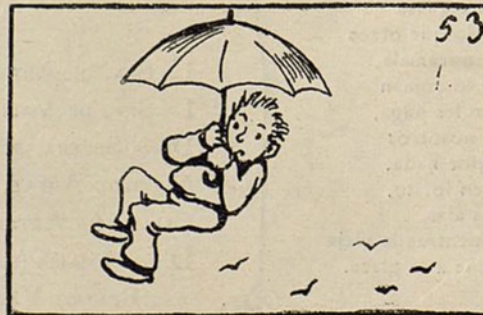
Cerca de la cima, se detuvo farto ya de fuerzas, para tomar aliento.



Un condor vió á Felipín, y le pareció una apetecible presa que llevar á su nido.



Cogiéndole por la ropa, echó á volar con él por las alturas con velocidad vertiginosa.



En el celmo del espanto, abrió Felipín su paraguas; el ave se asustó y soltó su presa.



El paracaídas descendió majestuosamente y Felipín se encontró en los brazos de su padrino que le regaló el paraguas por su aplicación.